

## Lázaro cuenta sus primeros años

Sepa Vuestra Merced, ante todo, que a mí llaman Lázaro de Tormes. Soy hijo de Tomé González y de Antona Pérez, nacidos en Tejares, aldea de Salamanca. Vine al mundo en el río Tormes, de donde me viene el apellido.

Ocurrió así: mi padre, al que Dios perdone, era desde hacía más de quince años el encargado de un molino que se encuentra a orillas de ese río. Una noche, estando allí, mi madre sintió de pronto los dolores del parto y me dio a luz.

De modo que puede decirse, sin faltar a la verdad, que nací en el río.

Siendo yo un niño de ocho años, acusaron a mi padre de hacer agujeros en los sacos de los que allí iban a moler, para robar el grano. Lo arrestaron y no tuvo más remedio que confesar. Espero que

ahora esté con Dios en el reino de los cielos, pues el Evangelio llama bienaventurados a los que padecen la persecución de la justicia, y él fue uno de los que más la padecieron.

Por entonces se organizó una gran expedición naval, para luchar contra los moros del norte de África. Mi padre, que estaba desterrado por el robo ya mencionado, se embarcó en ella. Tenía el cargo de cuidar los caballos de cierto caballero.

Pronto se acabó la aventura. Como corresponde a un criado leal, mi padre murió al mismo tiempo que su señor, en medio del fragor de la batalla. Eso, al menos, es lo que nos contaron.

Al verse sin marido y sin protección, mi madre decidió ponerse a trabajar y arrimarse a la gente de bien, para ser como ellos. Se fue a vivir a Salamanca, alquiló una casita y se puso a cocinar para unos estudiantes, y a lavar la ropa de unos mozos que cuidaban los caballos del comendador de la Magdalena.

Eso le llevó a frecuentar las caballerizas. Allí conoció a un hombre muy moreno, o sea negro, de los que cuidaban a los animales, y se relacionó con él.

Este hombre, que se llamaba Zaide, venía algunas veces a casa a pasar la noche, y se iba por la mañana. Otras veces se presentaba en la puerta durante el día, con la excusa de comprar huevos, y se quedaba un rato.

Al principio, sus visitas me desagradaban, y le tenía miedo por el color y la fealdad de su cara, pero cuando vi que siempre traía pan, trozos de carne y leña para calentarnos en invierno, empecé a quererlo.

De su relación con Zaide, mi madre tuvo un hijo negro, muy guapo. Yo lo arropaba, y también lo sentaba en mi rodilla para hacer que saltase.

Recuerdo un día en que mi padraastro estaba jugando con el niño y este, como nos veía a mi madre y a mí blancos y a su padre negro, lo señaló con el dedo, aterrado.

—¡Madre, mira, el coco! —dijo.

Y Zaide exclamó, riendo, con una mezcla de sinceridad y de cariño:

—¡Vaya cabrón!

Yo, aunque era un crío por entonces, me fijé en aquella expresión de mi hermanito, y me dije:

«¡Cuántos hay en el mundo que huyen de los demás porque no se ven a sí mismos!».

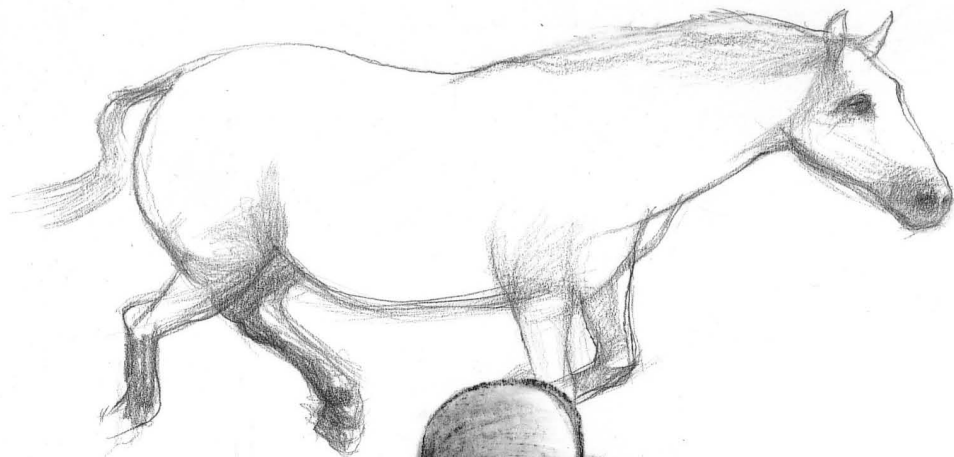
Quiso nuestra mala suerte que el mayordomo del comendador se enterase de la relación de mi madre con Zaide. Se hicieron averiguaciones y se descubrió que mi padraastro había robado la cuarta parte de la cebada que se le daba para los caballos.

También faltaba buena parte de la leña y del salvado, que es la cáscara del grano de los cereales, así como los paños y las mantas que servían para limpiar y abrigar a los caballos, y que Zaide fingía haber perdido.

Y es que, cuando no tenía nada mejor que hacer, mi padraastro llegaba hasta a quitarles las herraduras a los caballos. Las vendía, y con lo poco que le pagaban ayudaba a mi madre a criar a mi hermanito.

Si no nos extraña que clérigos y frailes hurten a los pobres o al convento para mantener a sus fieles devotas, ¿cómo puede asombrarnos que a un pobre esclavo como Zaide el amor le llevara a hacer lo mismo?

Se probaron todos los hurtos que he mencionado, y algunos más, porque a mí me hicieron pre-



guntas con amenazas, y yo, como era un niño y estaba asustado, contaba todo lo que sabía. Hasta llegué a hablarles de ciertas herraduras que, para ayudar a mi madre, yo mismo había vendido a un herrero.

A mi pobre padrastro lo azotaron y le echaron tocino derretido en las heridas. A mi madre la justicia le puso la pena acostumbrada, que era de cien azotes, y además le prohibieron entrar en casa del comendador y acoger en la suya al condenado Zaide.

Para no echarlo todo a perder, la pobre se resignó y cumplió la sentencia. Y, para evitar nuevos peligros y no dar más motivos a las habladurías, se fue a servir al mesón de la Solana. Allí, sufriendo mil contratiempos, crio a mi hermanito hasta que supo andar, y a mí hasta que me convertí en mozo y me pusieron a servir también. Mi trabajo consistía en llevar a los huéspedes vino, velas y todo lo que me ordenaban.

Por entonces vino a hospedarse en el mesón un ciego que, al ver mi buena disposición, me pidió a mi madre para que lo acompañase como guía.

Mi madre aceptó.

—Tratadlo con cariño y cuidado bien de él —le rogó—, que es un pobre huérfano. Tomé González, su padre, fue un buen hombre que murió en la batalla de los Gelves<sup>3</sup>, en defensa de la religión y la fe cristiana. Confío en Dios que el hijo aún será mejor que él.

—Lo tomaré, pues, como hijo y no como guía —dijo el ciego—. Cuidaré de él como mejor sepa.

Y así empecé a servir a aquel hombre, que como amo era nuevo para mí, pero como hombre era bastante viejo. Y es que todo depende de cómo se mire.

<sup>3</sup> Hubo dos batallas de los Gelves o de la isla de Yerba o Djerba, en Túnez. Esta debe de ser la de 1510, en la que murió un tercio de las tropas cristianas.